



## Sociedad Mexicana de Cardiología

*Palabras pronunciadas por el Dr. Manuel Cárdenas, Presidente de la Sociedad Mexicana de Cardiología en la sesión solemne de homenaje al Maestro Ignacio Chávez organizada por la propia sociedad el 8 de septiembre de 1979*

Una vez más la circunstancia de que habló Ortega, mi circunstancia, me obliga a dirigir la palabra a la Sociedad Mexicana de Cardiología con el dolor y la emoción que producen las pérdidas irreparables. La muerte del Maestro Ignacio Chávez, nuestro Fundador y Presidente Honorario, es una pena que estoy seguro todos hemos sentido como un dolor personal que hiere el alma y ensombrece el espíritu.

El Maestro nos dejó físicamente pero sus enseñanzas y su obra están aquí, en nosotros y con nosotros, vivos y permanentes.

Para entender a Ignacio Chávez, es necesario comprender, primero que nada, que el Maestro era fundamental y consubstancialmente un médico. El ser médico era su esencia, su principio y su fin. El científico, el sociólogo, el historiador, el pedagogo, el moralista, el organizador, el orador y el escritor que en él había y de que tanto se ha hablado no fueron sino consecuencia, complemento y adorno del médico.

Por qué ser médico, cómo ser médico, para qué ser médico, fue lo que él nos enseñó siempre;

lo mismo en la lección a los estudiantes de medicina, que en la conferencia magistral o en el ámbito de los congresos y reuniones científicas; pero sobre todo, a los que tuvimos el privilegio de estar cerca de él, nos lo demostró con la práctica día tras día, en todo momento y en todo lugar, junto al lecho del enfermo, en la consulta médica, en el ejercicio continuado, sin desmayo, sin tregua ni desaliento de su vocación y su destino de médico.

Ser médico como nos lo enseñó el Maestro es resultado de una vocación indeclinable, de un llamado interno que se acepta sin restricciones, de una manera total, absoluta y permanente. La vocación de ser médico es el deseo, la necesidad interna de conocer la verdad, de desentrañar un problema, de ofrecer una solución a un enfermo. Es querer capacitarse para aliviar un dolor ó salvar la vida de un semejante, adentrándose con seguridad en el cuerpo y en el alma del paciente, hasta la entraña misma del sufrimiento para de ahí arrancarlo, ó si esto no es posible, por lo menos aplicarle el bálsamo del consuelo.

Es esta una vocación dura y espinosa en cuyo centro, como causa y como objeto, está el enfermo, el hombre que padece, que sufre, que en su dolor necesita de la voz amiga y de la mano cálida, que le lleven el alivio y la esperanza.

Reconocer y aceptar en todas sus consecuencias esta vocación "áspera", como la llamó el Maestro, impone un compromiso moral que se adquiere en el momento mismo de la iniciación. Compromiso total, que se contrae en el ejercicio pleno del libre albedrío, y del cual se dará testimonio toda la vida.

Las obligaciones que del compromiso derivan son claras, precisas e ineludibles. Nadie tendrá derecho a llamarse médico si no las cumple de manera cabal y las lleva hasta sus Últimas consecuencias.

Si las piedras angulares, el centro de la medicina, son la conservación de la salud, la prolongación de la vida, y la lucha contra la

enfermedad, las obligaciones primeras del médico serán las que estén en relación con ellas, las que las sostengan, las amplíen, y que las proyecten como beneficios a la humanidad entera sin barreras de razas, lenguas, ideologías o lugares geográficos.

Prevenir la enfermedad y prolongar la vida plena, útil, productiva y feliz son las obligaciones fundamentales del médico.

Este ideal por ahora, y en el estado actual del arte-ciencia, inalcanzable lleva a tratar de curar la enfermedad, a restaurar la salud y pone frente al enfermo al médico.

El enfermo es un ser humano con

todos sus derechos y prerrogativas, su salud perdida no le priva de ninguno.

De ahí se derivan para el médico obligaciones con imperativo categórico.

Debe dar la mejor atención posible al paciente respetando en cualquier circunstancia su vida y su condición humana,



El Presidente de la República Lic. José López Portillo y el líder de la Gran Comisión del Senado, montando guardia ante el féretro, el día 13 de julio de 1979, en el Auditorio del Instituto Nacional de Cardiología. Lo acompañan el Director del Instituto, el Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y el hijo del Maestro Chávez.

sin provocar jamás dolor ni sufrimiento innecesarios, acompañándole en su penuria no sólo con su presencia física sino con un sentido de solidaridad y de amor, que lo haga copartícipe de la angustia y de la depresión del enfermo y de sus familiares, ayudándoles de ese modo a soportar su carga.

Dar la mejor atención posible al enfermo hace indispensable para el médico saber medicina. Esta necesidad lo obliga a estudiar siempre. Nadie sabe nunca lo necesario para dominarla, para no cometer errores, para conocer los progresos diarios de la técnica y de la ciencia. Es la paradoja de correr lo más rápidamente posible para permanecer siempre en el mismo sitio. Ningún médico tiene justificación al negar a su enfermo los últimos adelantos por ignorancia o desaliento, o peor aún por orgullo o superficialidad.

No es aceptable que por sobreestimación, que por soberbia, un médico se crea poseedor de todo el conocimiento, incapaz de equivocarse.

El médico debe aceptar con toda humildad que es falible, que no lo sabe todo, que se equivoca a menudo y que muchas veces causa daño. Su única justificación ante esos hechos está en que ha aprendido todo lo que puede, en que ha estudiado todo lo que debe, en que ha tenido el impulso y el afán de ser

mejor cada día, sin desmayos y sin concesiones.

La meditación debe ser el complemento del estudio. Tan inútil es pensar sin estudiar como estudiar sin pensar. Reflexionar sobre lo estudiado permite conocer las propias fuerzas, aceptar lo probado y no dar por cierto lo supuesto. Se podrá entonces tener una idea clara de la obligación de acudir a otros colegas cuando ello sea necesario, de lo indispensable en la medicina moderna del trabajo en equipo, y de la utilidad de la tecnología actual. Se templará el espíritu por medio del sereno análisis para resistir la tentación de recomendar tratamientos, médicos o quirúrgicos, inútiles o aún perjudiciales, rechazando otros notoriamente indicados, sólo porque están de moda, para tener a gala ser de los primeros que utilizan o prescriben esto o aquello sin tener en cuenta que muchas veces no son sino hijos bastardos de la mercadotecnia y de la sociedad de consumo. El reproche que esta actitud serena despierta muchas veces entre colegas y el público y que a veces merma la reputación no debe producir amargura si la conciencia está tranquila.

El llamar a otros colegas en consulta, o el pasar el paciente a otro campo de la actividad profesional, no descarga de la responsabilidad ante el enfermo y sus familiares y menos aún deben ser

tranquilizantes por los que se escapa de la sensación de frustración que provoca no sólo la inutilidad e impotencia del saber personal, sino del correspondiente al estado actual de la Medicina misma.

Conocer y utilizar las máquinas, los aparatos y los adelantos de la moderna tecnología médica para usarlos en beneficio del enfermo es algo que ni se niega, ni se discute. El error está en convertirlos en substitutos del médico, en objetos de veneración, incapaces de error y fuente de toda sabiduría. No se debe exagerar lo decisivo de los resultados que nos entregan y se debe dudar de ellos cuando son contrarios a otros medios de indagación o a un correcto razonamiento.

La perfección o imperfección de la práctica médica dependerá siempre de manera primordial de la idoneidad del médico y no de sus herramientas, de que utilice al máximo su inteligencia, su sentimiento y su voluntad para ayudar a los enfermos, comprendiendo que para ellos es y por ellos vive su espinosa vida profesional.

No hay que olvidar nunca la frase lapidaria de Sir William Osler "Sorprende con qué pocos conocimientos se puede ejercer la medicina, pero sorprende más, lo mal que se puede ejercer".

Todos los conocimientos que un médico tenga serán inútiles y hasta perjudiciales si pierde de vista la condición y la calidad

humana del enfermo, si lo "cosifica". La condición y los derechos del hombre enfermo deben ser respetados en todo momento. Derecho a que se respete su dignidad lo mismo en vida que a la hora de la muerte, derecho a conocer la verdad de su estado y sus posibilidades futuras, derecho a escoger a su médico, a aceptar o rechazar un procedimiento terapéutico y a exigir que se guarde y se proteja su intimidad y su confidencia, la personal y la familiar.

El médico está obligado por ello a evitar procedimientos injustificados y a manejar la verdad sin causar dolorosos traumas emocionales. Decir la verdad sí, pero sólo la parte de ella que sea indispensable, ofrecerla iluminada siempre por la esperanza, una verdad que ayude no que mortifique. No se debe olvidar que la verdad médica procede de varias deducciones probables, que jamás se encuentran realizados en la clínica los cuadros abstractos de la Patología y se parte del conocimiento de una media de la dolencia principal.

Un momento crucial en la práctica médica es la etapa final de un paciente, el momento en que la vida está seriamente amenazada o cuando se ha llegado a la postrera etapa de la misma. El médico puede en esa encrucijada caer fácilmente en el nihilismo o en el encarnizamiento terapéuticos por olvidar su obligación de respetar la dignidad humana. En esos momentos el paciente no está en



condiciones de opinar, la familia y el medio social son unos intrusos. El único que con los conocimientos que le da su ciencia y su con base en su experiencia y solo ante su conciencia puede y debe tomar decisiones es el médico. El tendrá que decidir cuándo tomar medidas heroicas, cuándo prolongar la vida por medios complementarios y cuándo usar otros para terminar con el deterioro, la dependencia y el dolor desesperante, aunque ello acorte el existir. Así el médico cumplirá con su enfermo, la muerte será digna y no se mancillará la dignidad del hombre.

El Maestro nos legó estas ideas resumidas en una frase:

"La obligación primera de todo médico es saber cada día más para servir cada día mejor".

Reconocer estos objetivos de la medicina y aceptar hasta sus últimas consecuencias los derechos del enfermo y las obligaciones del médico, vivirlas intensamente, fue lo que llevó a Ignacio Chávez a convertirse en reformador de la práctica médica, en motor de cambio y transformación de hospitales, y en creador del Instituto Nacional de Cardiología. Ahí también se originó el deontólogo, el moralista superior, el legislador.



Ceremonia luctuosa en el Auditorio del Instituto Nacional de Cardiología. Discurso del Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Dr. Guillermo Soberón, el día 13 de Julio de 1979.

El ser médico no termina con la atención al paciente. Desde los principios de la medicina quienes la practican la han enseñado, la han transmitido y la han difundido para tratar de que sus beneficios alcancen a un segmento cada vez mayor de la humanidad.

Todo médico está obligado a enseñar, a enseñar siempre, a compartir su ciencia y su experiencia, sin ocultar nada, con todos aquellos que van por la misma senda.

En ese interminable y continuo enseñar y aprender está uno de los aspectos más nobles de la profesión. De él derivan el reconocimiento, el respeto, la gratitud y el cariño hacia los maestros, de él se obtiene la riqueza que se alcanza al compartir desinteresadamente y se logra la satisfacción de ver germinar la semilla sembrada cuando los discípulos prolongan al Maestro en el trabajo.

Enseñar generosa, desinteresadamente, lo mismo en la cátedra que en la sala de hospital; ser maestros que forman discípulos, no sólo profesores que simplemente instruyan; educar lo mismo al médico que al laico, al poderoso y al humilde; asesorar siempre que se le solicite en cuestiones de salud. Tales son obligaciones primordiales de los médicos.

Sobre quien no las cumpla caerá el anatema fulminante de Ignacio Chávez: "el

aislamiento lo esterilizará y se le pudrirán juntamente la ciencia y el alma".

La necesidad de enseñar, el deseo de compartir conocimientos y experiencias, la pasión por aprender medicina y transmitir lo aprendido fue lo que impulsó al Maestro a ser un Pedagogo ilustre, un forjador de programas de enseñanza, un Director revolucionario de la Facultad de Medicina y un Rector excepcional. Pero más que ello lo hizo un guía, un ejemplo de la juventud, y le permitió labrar, pulir, dar forma y redondear a hombres superiores que son su mejor obra y la garantía plena de su trascendencia.

El verdadero médico está obligado a hacer avanzar su ciencia. Dentro de sus posibilidades y del medio en que se desenvuelve debe contribuir a acrecentar los conocimientos médicos. La ciencia que no produce envejece y muere, sin florecer ni dar fruto, como una planta estéril.

Un médico digno debe aportar algo, un hecho nuevo que encuentre, una depuración de las doctrinas que enseña, o una correlación no establecida antes. No se puede exigir, ni se pretende, que haga descubrimientos básicos, que establezca nuevas teorías, que formule nuevas hipótesis y menos aún que cimente nuevas leyes generales. Eso es cosa de unos pocos con dotes ciertamente no vulgares, son los que, como el Maestro encuentran el porqué de las

cosas y no se limitan a señalar hechos. Sin embargo, el edificio de la Medicina no son sólo columnas y trabes, también se hace de ladrillos colocados uno a uno con paciencia y tesón.

El Maestro Chávez dijo claramente "Nuestra única redención posible en el terreno científico es producir para no ser los eternos incapaces de resolver nuestros problemas de acuerdo con la realidad propia".

El verdadero médico científico está obligado a difundir sus ideas, a confrontarlas y a depurarlas. Es necesario que las exponga lo mismo en el seno de una Sociedad Científica que de un Congreso y que las escriba en periódicos y revistas profesionales. No como en un escaparate de vanidades ni menos como en comedia de elogios mutuos, sino como una manera de recibir la crítica y con ella el estímulo de otros hombres que estudian e investigan.

La existencia de organizaciones científicas médicas es indispensable para el desarrollo de la Medicina, por ello el Maestro las dirigió, las fundó y las impulsó tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Comunicar hechos implica exponer y escribir; para ello no existe sino una herramienta la palabra. El Maestro Chávez la usó como pocos, sus piezas oratorias de verbo encendido y sus escritos de estilo clásico y recio son, según el juicio autorizado

de Alfonso Reyes, fuentes en las que debieran abreviar y aprender muchos escritores profesionales.

La medicina no avanza sola, no florece aislada como flor del desierto, su progreso depende de todas las ciencias y letras, es un producto de su tiempo y de su medio. Nada de lo humano le es ajeno. Por ello el médico debe conocer en primer lugar las ciencias en que se sustenta la suya; la matemática, la física, la química y la biología, entrelazadas y formando parte de la ciencia toda. Unido al estudio y conocimiento de la ciencia deberá ir el de la historia, el de la filosofía, el de la economía, el de la religión y el del arte que dan la clave para entender a los demás, para conocer y respetar las diferencias de los hombres y comprender que no se puede poner en la ciencia una fé mítica, que no es posible reducir al hombre a una fórmula matemática, que el que sufre no es una máquina ni una retorta.

La frase del Maestro sintetiza estas ideas "Vosotros no seréis buenos cardiólogos mientras no seáis hombres cultos".

La necesidad de ser culto para ser médico forjó a Ignacio Chávez el humanista, el historiador, el filósofo, el hombre universal.

El médico debe entender que todo ese esfuerzo y sacrificio no son para tener recompensas materiales, gloria o poder, ni siquiera gratitud. La única satisfacción que

debe esperar es la de ser médico, un hombre cabal que pretende el privilegio divino de aliviar y dar consuelo, y que vive el testimonio de su compromiso.

El Maestro recorrió día tras día la empinada senda hasta la cima, no le detuvieron los obstáculos, las espinas ni los abrojos. Cuando el camino no existía lo construyó. Los contratiempos y vicisitudes nunca pusieron amargura en su alma, ni desaliento en su espíritu, fueron más bien acicates que lo estimularon a avanzar paciente y obstinadamente. Vivió en todo su significado su lema, lema que propongo ahora formalmente adopte nuestra Sociedad de manera oficial, "Plus est en toi". Alcanzó así su ideal de "igualar la acción al pensamiento".

La última lección nos la dio el Maestro en su enfermedad postrera, rodeado de su familia, la de la carne y la del espíritu. Dijo a los médicos que lo atendían: "no temo a la muerte, hagan lo que juzguen necesario, pero no me sometan a dolores innecesarios ni prolonguen mi vida irrazonablemente". Para los que estuvimos cerca, el final fué triste y doloroso. Parecía increíble que ese cerebro prodigioso se apagara poco a poco, que paulatinamente su lucidez se escapara, que su voluntad decayera, que su voz callara, y que aquel gigante del pensamiento nos dejara para siempre. Llegado el momento expiró plácida y serenamente.

Esas fueron las doctrinas y las enseñanzas de Ignacio Chávez, así nos marcó el camino para ser médicos. Si queremos alcanzar ese honroso título deberemos seguirlas y practicarlas dentro de nuestras capacidades y con todas nuestras fuerzas.

**Descanse en paz el Maestro y que su espíritu viva siempre entre nosotros.**

**Dr. Manuel Cárdenas**

**Referencia:**

Arch. Inst. Cardiol. Mex. Sep-Oct 1979; 5: 767-774

Con agradecimiento al Dr. Álvaro E. Reyes Quintero por la preparación del texto.

**Dr. Pedro Iturralde Torres**  
**Presidente**